

ENSAYO

La sabiduría de los hombres es locura a los ojos de Dios. Y de algunos otros...

Jorge Martínez
Universidad Católica San Pablo – Arequipa (Perú)

Introducción

Como consecuencia de haber leído con entusiasmo durante algún tiempo buena parte de la obra de Michel Foucault, me pareció que una excursión por los territorios aledaños de la filosofía podía resultar una experiencia muy enriquecedora. Por cierto, no es mi intención sugerir que no tenga sentido ocuparse de los grandes asuntos de la filosofía, ya que el pensar filosófico tiene una dinámica esencialmente no acumulativa. Con esto quiero decir que en filosofía siempre es preciso de alguna forma empezar de nuevo; en este sentido la filosofía es siempre “arqueológica”. Esto no significa negar la existencia de cierta forma de progreso o de acumulación filosófica; simplemente estoy diciendo que no es esto lo esencial de una verdadera experiencia filosófica, a diferencia de lo que sucede en otras ramas de saber.

Con todo, me parece que también merecen su sitio en la historia viva del pensar algunas lateralidades, algunas marginalidades que jamás podrán aspirar al honor de una cátedra exclusivamente dedicada a ellas. Y sin embargo, estas marginalidades ponen una nota de color, una cuota de simpatía, unos gramos de humanidad y de necesaria liviandad en el andar a veces cansino y grave de la gran filosofía. El ser tiene, y esta es la buena nueva para quien se sienta demasiado insignificante frente a su majestuosidad, un costado de jovial levedad. Es necesario, si se me permite decirlo, tomarse a veces las cosas con alguna ligereza, con una distancia refrescante que no necesita caer en la bufonería. Esta relativa lejanía de la atracción gravitatoria y gravosa ejercida por la excesiva solemnidad con la cual nosotros, aprendices de los grandes maestros, les hacemos perder su atractivo, puede contrarrestarse con el recorrido de algunas páginas que no han aspirado al título de

inmortales ni mucho menos. Se trata de textos menores de pensadores mayores, de minucias, y también de autores, o bien despreciados sin más, o bien despreciados en tanto compusieron estos “divertimenti filosofici”. Y no se crea que son líneas nacidas del espíritu cínico y desencantado de nuestros tiempos. A poco que recorramos la historia del pensamiento nos encontramos siempre con alguno de estos pensadores y pensamientos que nos salen al paso para recordarnos la importancia de no tomarnos demasiado en serio, de no tomar la vida misma con excesiva pomposidad, ya que, como escribía Wilde, “de todos modos no saldremos vivos de ella.” Tampoco se trata de una invitación a la superficialidad ni a la desfachatez; nada eso. Por el contrario, tal vez no haya tarea más difícil que la de caminar con el necesario equilibrio entre los Escila de la solemnidad arrogante y los Caribdis de la desvergüenza. Es un asunto, insisto, de delicadeza y de finura; es un asunto de ser capaces de amar también los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles, como pompas de jabón, tan gratos al poeta. En esto nos estamos jugando buena parte de nuestra misma humanidad. Comencemos pues.

Grandes temas aparentemente insignificantes

Quisiera referirme brevemente a algunos de estos indescritibles plumíferos a quienes podría reprochárseles, en términos algo heideggerianos, que no dan demasiado que pensar... en una primera impresión. Me atreveré a sostener, con todo, la posibilidad de un acceso más sonriente a la filosofía, lo cual incluso podría desinfectarla de su obsesiva seriedad necrófila. La filosofía, hasta donde llega la información de que uno dispone, no ha cometido ningún crimen que justifique la autoimposición a perpetuidad del trabajo forzado consistente en una *meditatio mortis*. No veo razón alguna para que la vida de la filosofía y la filosofía de la vida, se alimenten únicamente con el fruto podrido de la anticipación de la propia muerte. ¿No es acaso un pesimismo a ultranza, por no decir una prodigiosa estupidez, suponer que nuestra condición de mortales nos confina a tener sólo pensamientos mortales? Prefiero ver más bien a nuestra dama filosofía como un himno a la vida, por la sencilla razón de que nacemos para vivir, no para morir. Si fuera cierto que hemos nacido para morir y que la vida no es más que una cloaca de ideas y de amores extremadamente demandantes, no veo aquí funcionar una sana navaja de Ockham. O sea, si nacemos para morir, ¿no hubiera sido más lógico no haber nacido?

Quiero entonces tomar prudente y saludable distancia de toda forma de pensar que vive del miedo a morir, en cualquiera de sus modulaciones, para desenmascarar la confusión existente entre

la profundidad y los bajos fondos del pensamiento. Y me parece que para ello no es mala idea dejarse hablar por estos escritos menores y refrescantes, por estas briznas de filosofía que nos han sido regaladas por escritores que jamás pretenderían una credencial dorada del gremio de los filósofos. O si ya la tienen, gocemos con estas aparentes salidas de libreto, estas felices improvisaciones juguetonas como algunas sinfonías de Mozart. La idea de rehabilitar estos caminos polvorientos y casi inexplorados, por cierto, no es nueva. Y sin embargo, ¡qué descanso!, ¡qué alivio siente un alma agobiada al leer estas páginas que, bien miradas, no carecen en absoluto de profundidad y que de ninguna manera reniegan de la hermosura especulativa! Incluso, entre los pocos filósofos que merecen el nombre de tales, no es raro encontrar algunas afirmaciones que nos dejan pensando si la eminencia en cuestión estaba hablando en serio o simplemente se permitió dejar una broma para la posteridad, con el solo objeto inconfeso de reírse a costa de las generaciones futuras. Por ejemplo, eso de que se debe estudiar filosóficamente la comunidad política porque ésta es algo cognoscible por la razón, y todo lo que se puede conocer por la razón es “filosofable”, todavía es tomado en serio por muchos tomistas. O aquello de que no se debe hablar de lo que no se puede hablar, en fin, ya lo decía también la madre de mi madre, mi querida abuela Isidra, quien, por esos regalos inesperados de la vida, no había perdido tiempo en su educación yendo a la escuela, un requisito mínimo para aspirar a un puesto en Cambridge. Con todo, justamente aquello de lo que no se puede hablar es sobre lo que se han compuesto innumerables y memorables discursos, tal como lo prueba el Sr. Mario Moreno, ilustre mexicano más conocido tal vez por su nombre cinematográfico. Tampoco es infrecuente ver cómo, los filósofos olímpicos, se permiten también algunas acrobacias argumentativas para vender ideas que, bien miradas, son muy interesantes en sí mismas. ¿Qué necesidad hay de introducir un genio maligno, un imperativo categórico, un estado de naturaleza, un contrato social, una mano invisible, un observador imparcial, un velo de ignorancia, en ideas geniales que podrían sobrevivir perfectamente sin esas ridículas ortopedias? Y si esas ideas no pudieran sobrevivir si se las desconectase de esas aparatosas ficciones, entonces son más falsas que las ficciones en que se sustentan y sería mejor archivarlas en algún bestiario al uso.

Comencemos un recorrido temático

Hay algunos casos en que algunos rigoristas de la moral, y se imagina el lector a quién me refiero, después de haber experimentado en carne propia una borrachera épica, por ejemplo, escribe

en uno de sus tratados lo siguiente: “el borracho es el que bebe con exceso y se vuelve por ello incapaz de ordenar las representaciones sensibles según las leyes de la experiencia”. Y también: “Toda embriaguez muda, esto es, aquella que no aviva la sociabilidad y la recíproca comunicación de pensamientos, tiene de suyo algo de afrentoso; tal es la del opio y la del aguardiente. El vino y la cerveza, de los cuales el primero es meramente excitante, la segunda más nutritiva y parecida a un alimento, provocan la embriaguez sociable; hay empero, la diferencia de que las orgías de cerveza son más soñadoramente herméticas, frecuentemente también groseras, mientras que las de vino son alegres, ruidosas y de chistosa locuacidad”. Estos pasajes corresponden a la *Antropología desde un punto de vista pragmático* (Ia parte, parág.29). No hay dudas de que Kant condena la embriaguez en nombre de los deberes hacia uno mismo y hacia la sociedad, pero tranquiliza saber que no todo es tan rígido, que hay cláusulas moderadoras: “(...) la embriaguez es sin duda una falta de decoro en el varón, no sólo por respeto a la compañía con que se entretiene, sino también por respeto a la propia estimación cuando sale tambaleándose, o al menos con paso inseguro, o meramente balbuciendo. Pero también cabe aducir muchas cosas para mitigar el juicio sobre semejante vicio, ya que tan fácilmente puede olvidarse y traspasarse el límite del dominio de sí; pues el anfitrión quiere que el invitado salga, gracias a su acto de sociabilidad, plenamente satisfecho (*ut conviva satur*)”. También, en ese memorable parágrafo 29, Kant encuentra una excusa ética para beber: “beber desata la lengua (*in vino disertus*). Pero también franquea el corazón y es el vehículo de una cualidad moral, a saber, la franqueza (...). También dice Hume: ‘Es desagradable el compañero de diversión que no olvida; las locuras de un día deben ser olvidadas para hacer lugar a las del otro’. En la licencia que el varón (no la mujer ni los judíos ni los curas) tiene para rebasar un poco, y por breve tiempo, en honor de la alegría colectiva, los límites de la sobriedad, se da por supuesta la bondad de corazón (...)”.

Ego me absolvo, se dice el de Koenigsberg, especialmente cuando sabemos, gracias a la infidencia de su biógrafo ruso Arsenij Goulyga, que después de los treinta años, el profesor Kant bebió tanto en uno de los cafés que frecuentaba, que no pudo encontrar su casa. De todos modos, nuestro filósofo está profundamente enemistado con la cerveza, “un veneno lento, pero mortal”, según nos informa el eruditísimo Wasianski, quien nos desilusiona un poco al proporcionarnos la devastadora noticia de que probablemente las motivaciones del pensador son de un orden aquende la filosofía moral. En este caso, la teoría del círculo hermenéutico aplicada a estos textos sufre una terrible y dolorosa materialización, circular también: Kant padecía de unas crueles hemorroides, y las atribuía a la cerveza.

La locura, elogiada

En fin, es hora de ceder la palabra a Erasmo de Rotterdam para que se entienda mejor el resto de este discurso. Erasmo aliviaba el fastidio de tener que tratar y discutir con el pelmazo de Lutero gracias a su amistad con Tomás Moro, la cosa en el mundo, según su propio testimonio, que le procuraba más placer. Erasmo, como todos saben, probablemente sea más conocido por su *Elogio de la Locura* que por otra obra. “¿Cómo se me metió en la cabeza la idea de escribir semejante cosa?”, pregunta retóricamente al comienzo de su *Elogio*. Algo de culpa tiene Moro, ya que ese nombre le recuerda a *moria*, en griego. Un elogio de la locura es también un elogio a Moro, aunque Erasmo aclara que el inglés sólo tiene en común con la cosa el nombre. En fin, un elogio de la locura que Erasmo desea poner bajo la protección de Moro, pues no faltarán los tontos solemnes que hablen de lo inapropiado que resulta que un teólogo hable de este modo. Tampoco faltarán los que digan que desea resucitar la comedia antigua, o que imita a Luciano de Samósata y que desgarra todo a mordiscones. Ahora bien, la idea no es nueva. Hace siglos ya que Homero cantó las guerras de las ranas y los ratones en la *Batracomiomaquia*, Virgilio hizo lo suyo con los mosquitos y el ajo, Ovidio ensalzó a las nueces, Glaucón celebró la injusticia, Favorino las fiebres cuartanas, Sinesio la calvicie, Luciano las moscas y la vida parasitaria. Además, si a todas las clases de la sociedad se les reconoce su derecho a divertirse, ¿por qué habría de prohibirse a los estudiosos cualquier solaz, con más razón si la chanza reposa sobre un fondo serio y está bien manejada? Es una majadería tratar las cuestiones serias de manera frívola, pero igualmente no hay nada más divertido, nos enseña Erasmo, que tratar de un asunto baladí sin que nadie sospeche que lo es.

La superioridad de la mosca

Tomemos brevemente, del anterior inventario, el *Elogio de la mosca*, de Luciano. Ya en el siglo II, Dión de Prusa había compuesto un *Elogio del papagayo*, un escrito totalmente intrascendente y en cierta medida muy viable toda vez que el papagayo tiene cierta belleza cromática que facilita el trabajo del poeta. Luciano se propone doblar la apuesta al componer el elogio de un insecto asqueroso; y nótese que no se trata de una apología de la mosca, sino de un elogio, *enkómion*. Para empezar, en la mosca tenemos la realización de un término medio casi perfecto en cuanto al

tamaño. No tiene la insignificancia del mosquito ni la pesada robustez de la abeja. Sus alas membranosas son más delicadas que las plumas de algunas aves y de las mismas langostas. Su vuelo es casi perfecto y procura placer apreciarlo. No cansa, como ver el revoloteo de las langostas, que van de aquí para allá a los saltos; su vuelo es mucho más perfecto que el del murciélago, comparable este último con un continuo remar. Es una maravilla oír su placentero cántico al volar, infinitamente más agradable que el zumbido de las abejas o el más terrible y amenazador de las avispas. ¡Y su cuerpo! ¡Qué maravilla! La cabeza se une muy delicadamente al cuello y es muy flexible en sus movimientos, no de una sola pieza como en el caso de los saltamontes. No comete la bajeza de defenderse con el trasero, como la avispa o la abeja, sino con la boca y la trompa, que tiene en común con los elefantes. De esta trompa sale un diente, con el que pica y chupa la sangre (aunque también bebe leche), y esto último sin gran sufrimiento de la víctima. A pesar de que tiene seis patas, no es infrecuente verla usando sólo cuatro, pues, como los hombres, a veces usa las dos delanteras para transportar alimentos. Es un animal que ama la luz; de noche descansa y no vuela ni canta. Es una bestia muy inteligente, mucho más que su enemiga la araña. Del valor y arrojo de la mosca, basta remitirnos al testimonio de Homero: Menelao no es comparado ni con el león, ni con el leopardo, ni siquiera con el jabalí. Nada de eso. Su audacia es como la de la mosca (*Ilíada* XVII 570). Además, ¿qué animal es capaz de mantener un coito aéreo de tal duración como la mosca? Esto habla no solamente de una potencia envidiable, sino también de unos sentimientos amorosos extraordinarios. Nada de lo anterior constituye el mayor mérito de la mosca, sino uno que el mismo Platón omite en su opinión acerca del alma y su inmortalidad. El alma de la mosca es inmortal, y basta cubrir de ceniza a una mosca muerta para que ella resucite por la reintroducción del alma en ella. El único que ha logrado esto es Hermótimo de Clazómenas, cuya alma, a veces le abandonaba, pero después regresaba a ocupar el mismo cuerpo, reanimando al desdichado Hermótimo (los iconoclastas matasanos contemporáneos diagnosticarían, ensoberbecidos, una vulgar epilepsia, pero ello sería una afrenta al vuelo del espíritu). En fin, la dignidad de la mosca también se aprecia en el hecho de que no trabaje, ya que disfruta de los esfuerzos ajenos y tiene la mesa llena en todas partes. Las cabras son ordeñadas para ellas, los cocineros condimentan para ella los alimentos, que incluso son probados por ellas antes que los mismos reyes. Se pasea por los banquetes y comparte feliz todos los goces. Podrían añadirse muchas más cosas en favor de este insecto, pero Luciano desea poner fin a su discurso para que no parezca, según sus propias palabras, que está haciendo un elefante de una mosca.

Los calvos son más inteligentes

Quisiera referirme ahora al tratadito del Obispo Sinesio de Cirene (370 – 413), el *Elogio de la calvicie*, también mencionado por Erasmo. Unas breves glosas previas a este asunto. La tematización de la melena es algo recurrente en la historia del pensamiento, o por lo menos de la literatura, y hay más de un testimonio, sospechosamente interesado sin duda, que subraya la nobleza y la dignidad de la alopecia. No solamente en la antigüedad descubrimos estas referencias capilares. En *La comedia de los errores*, de Shakespeare, leemos que “el hombre no puede recuperar el cabello, que por naturaleza pierde. Porque es una bendición que se ha concedido a las bestias; y lo que no le ha otorgado al hombre en pelo se lo ha dado en entendimiento” (acto II, escena 2). Tenemos también los *Poemas para combatir la calvicie*, de Nicanor Parra, con su nota de humor. Pero no todo ha de ser risas; a veces el llanto nostálgico se mezcla con la inclemente pelada, tal como leemos, con indescriptible emoción, ese pasaje de Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*, capítulo titulado: “Yo, mutilado capilar”: “Los peluqueros me humillan cobrándome la mitad. Hace unos veinte años, el espejo delató los primeros claros bajo la melena encubridora. Hoy me provoca estremecimientos de horror el luminoso reflejo de mi calva en vidrieras y ventanas y ventanillas. Cada pelo que pierdo, cada uno de los últimos cabellos, es un compañero que cae, y que antes de caer ha tenido nombre, o por lo menos número. Me consuelo recordando la frase de un amigo piadoso: *si el pelo fuera importante, estaría dentro de la cabeza, y no afuera*. También me consuelo comprobando que en todos estos años se me ha caído mucho pelo pero ninguna idea, lo que es una alegría si se compara con tanto arrepentido que anda por ahí.”

Pero volvamos a nuestro calvo Obispo, a quien se le hace insoportable que Dión Crisóstomo hubiese compuesto un elogio de la cabellera (hoy perdido) tan brillante, que un calvo se avergüenza forzosamente de serlo, según su declaración. El elogio de la cabellera de Dión es tanto más insoportable cuanto que acude al auxilio de Homero. El poeta alaba a sus principales personajes por sus cabellos, y del primero de todos, Aquiles, encomia sus rubios cabellos. Le siguen Menelao, la trenza de Héctor, y cuando muere Euforbo, el más bello de los troyanos, sólo se entristece porque sus hermosos rizos quedan empapados de sangre. En la Odisea, se repite la presencia decisiva de los pelos. ¿Qué es lo mejor de Zeus? Sus cabellos. En suma, ¿cómo puede aceptar Monseñor Sinesio, tan carente de pelo como una ampolleta eléctrica, que Dión declare que su primer cuidado en la

mañana después de rezar a los dioses, está destinado a acicalar su cabellera?: “Tras levantarme por la mañana y rezar a los dioses, como era mi costumbre, me apliqué a mis cabellos, pues resulta que me encontraba con el cuerpo debilitado y tenía el pelo descuidado al máximo. En efecto, estaban revueltos y enredados, como los que están alrededor de las patas de las ovejas esquiladas (...). Pues bien, se me ocurrió escribir un elogio de los amantes del cabello, que siendo amantes de la belleza, se preocupan en gran medida del cabello sin negligencia...”.

El resto del discurso de Sinesio apunta a demostrar, sin medios términos, que si alguien es sabio es calvo, y que si no es calvo, no es sabio. La posesión de una abundante cabellera está en directa relación con el grado de estupidez: “(...) se reconoce que el hombre es sobre la tierra el más inteligente y al tiempo el más pelado, como que de todo el ganado las ovejas son las más idiotas (...). De modo que es muy posible que el tema éste de los pelos esté enfrentado al del entendimiento; ninguno quiere cohabitar con el otro.”

Una cabeza totalmente desprovista, es una cabeza donde ha acampado la mente y esa cabeza es como el templo de Dios, cosa que ya sabían los servidores de Dios en Egipto, que no permitían pelo ni en las cejas, y no sería de extrañar que la divinidad misma, en su más íntima esencia, también sea calva. Por otra parte, lo más perfecto en el universo visible son las esferas como el sol, la luna, todas las estrellas, los planetas errantes y los que no lo son. ¿Y qué hay más calvo que una esfera? Ciertamente, se ha demostrado que la calva para nosotros es el cielo y que cuanto puede decirse como elogio de la esfera, esto mismo vale como elogio de la calvicie. No podía faltar tampoco la referencia ética: los pelados son mejores personas, y la prueba es que si uno encarga a un pintor que dibuje a un adúltero o a un depravado en un cuadro, obtiene como resultado un melenas, pero si se le encarga un filósofo o un religioso, se obtendrá el cuadro de un respetable calvo.

Pero dejemos por el momento a Sinesio y su calvicie y pasemos por alto el Opúsculo más sustancioso del Emperador Juliano el Apóstata, titulado *Misopogón*, o sea, el enemigo de la barba, otra referencia capilar importante en la antigüedad. Dejemos por ahora los pelos y pasemos a los músculos, en un salto temporal importante.

El Dasein musculoso

Me referiré brevemente a un artículo del Profesor Jerry Sandau, publicado en la prestigiosa revista norteamericana “Philosophy Today”, en su Volumen 32, N° 2 de 1988, titulado “Heidegger and Schwarzenegger, Being and Training”. Allí se traza un paralelo sorprendente entre *Sein und Zeit* y otros escritos heideggerianos, y parte de la obra completa de Arnold Schwarzenegger, lamentablemente poco conocida incluso en el mismo Estado de California, y entre las cuales figuran: *The Education of a Bodybuilder*, de 1977; *Arnold’s Bodyshaping for Women*, de 1979; *Arnold’s Bodybuilding for Men*, de 1981, y la *Encyclopedia of Modern Bodybuilding*, de 1985, en donde se aprecia ya un pensamiento más maduro, o más duro, según se atiende a un criterio axiológico intelectual o meramente muscular.

Levantar pesas es profundamente significativo, son las primeras palabras del Profesor Sandau. Se supone que quien practica la halterofilia o se dedica al fisicoculturismo lo hace solamente por dos motivos. Uno de ellos es tener una mejor apariencia y el otro ser un mejor atleta. Las cosas no son tan simples y en realidad, levantar pesas puede ser una valiosa y reflexiva experiencia de vida. Es verdad que esta actividad no ha tenido una explicación excepcionalmente inteligente por parte de quienes la practican. A menudo, a la pregunta: ¿por qué hace Ud. fisicoculturismo?, las respuestas son un poco decepcionantes: “quiero reforzar mis rodillas”, “trato de mejorar mi resistencia”, o bien, “mi médico me aconsejó bajar de peso”. Sin embargo, en el fisicoculturismo y en el levantamiento de pesas hay todo un núcleo filosófico que viene del pensamiento alemán. Para entender bien de qué se trata, es preciso estar familiarizado con los escritos de dos teutones: Heidegger y Schwarzenegger. Los pensamientos de ambos son perfectamente complementarios. A menudo suele criticarse a Heidegger por dos razones: una de ellas es que el lector promedio invierte más esfuerzo tratando de descifrar sus afirmaciones que examinándolas y analizándolas. La otra crítica frecuente es que si bien el tema predilecto de Heidegger es el ser, y aun cuando su vida fue bastante larga, nunca habló mucho acerca de los cuerpos. Es posible que haya mucho más para los seres humanos que el cuerpo, pero es razonable pensar que en el tiempo y en el mundo, los cuerpos son parte de la existencia de cada uno. Y es aquí donde ayuda Schwarzenegger: su mensaje es acerca del vivir con y por medio de nuestros cuerpos, por no mencionar que sus escritos son más accesibles al lector no filósofo. Ahora bien, ¿cómo puede ayudarnos Heidegger para una mejor comprensión del pensamiento de Schwarzenegger, de quién tenemos un conocimiento algo superficial a través de *Terminator*, *Conan el Bárbaro* y cosas semejantes? Pues bien, aun cuando Schwarzenegger no ha sido seriamente criticado por los contenidos técnicos de sus escritos, o sobre el contenido filosófico

del mismo, su razonamiento es incompleto. ¿Por qué? Porque hay un hecho en el levantamiento de pesas que es raramente reconocido y sin embargo siempre buscado. Se trata de una experiencia llamada “el bombeo”, nos dice el Prof. Sandau. El bombeo es una de las mejores y más complejas sensaciones físicas que se puede experimentar. Éste conlleva una euforia semejante a la bien conocida por los corredores cuando alcanzan su ritmo, pero hay más: una conciencia aguda y altamente física del crecimiento de los músculos y de la circulación de la sangre. En suma, una conciencia de estar vivos. Es muy difícil describir el bombeo y ciertamente eso no tendría ningún sentido si alguien no lo ha experimentado, y por eso Schwarzenegger dice muy poco acerca de esto. Ahora bien, si Heidegger hubiese leído la obra de Schwarzenegger, habría sugerido que el bombeo es lo que realmente justifica el fisicoculturismo, ya que es una experiencia física del ser que resulta placentera, asombrosa y totalmente desprovista de las consideraciones prácticas de causa-efecto que suelen presentarse en las motivaciones humanas. El bombeo está asociado a un estado muy semejante a la idea heideggeriana del éxtasis. En sus escritos sobre Nietzsche, Heidegger describe el éxtasis como un sentimiento, una encarnada armonía, un ser encarnado que es contenido en la armonía, una armonía entretejida con la encarnación. Esta armonía, dice Heidegger, nos deja en la aperturidad y nos conduce a la plenitud de nuestras capacidades. Vemos así que las ideas heideggerianas proveen la mejor forma de responder a la pregunta: “¿Por qué practica Ud. fisicoculturismo?” No sabemos si Heidegger hubiese encontrado en el bombeo una significación semejante al éxtasis, pero ciertamente hay una notable cercanía. Veamos, a modo de ejemplo, dos pasajes.

Heidegger primero, en *Nietzsche como metafísico*:

“Los pensadores esenciales son aquellos cuyo único pensamiento tiende en la dirección de una sola y más elevada decisión, ya sea preparando para esa decisión, ya sea ejecutándola definitivamente.”

Schwarzenegger, en *The Education of a Body-builder*:

“Recuerdo el verano cuando cumplí los quince años como una estación mágica para mí porque ese año yo descubriría exactamente lo que quería hacer con mi vida. Era mucho más que las ilusiones de un muchacho relativas a un futuro distante, o confusas fantasías acerca de ser bombero, detective, marinero, piloto de pruebas o espía. Yo sabía que sería fisicoculturista. Y no era simplemente eso. Yo sería el mejor fisicoculturista del mundo, el más grande, el hombre de mejor

físico.” (Recordemos que entre los 60 y los 70 fue, de hecho, proclamado el hombre con el mejor físico del mundo).

Pero hay otros tres puntos en donde la complementariedad entre ambos autores germánicos vuelve a darse, y no son temas menores. Ellos son: el compromiso en la vida, la consideración muy seria del cuerpo y la trascendencia.

Respecto del primero, el conocido *Dasein* heideggeriano es el ente que somos y que como tal, es un “estar ahí”; ahora bien, el *Dasein* debe responder a la pregunta por el sentido de la existencia sobre la base del conocimiento obtenido, justamente en el “estar ahí” en medio de una cotidianidad real y no en la ensoñación de ideas abstractas. Schwarzenegger, a su vez, emplea un lenguaje similar. El actor de *Terminator* insiste en que “estemos aquí”, pues éste es un importante axioma del fisicoculturismo. Esto implica que debemos prestar atención a lo que hacemos, vincular nuestras mentes con nuestros músculos de manera que seamos conscientes de cada repetición de cada ejercicio. Sólo de esta forma alcanzaremos el tipo de entrenamiento de calidad que nos dará la satisfacción de un bombeo perfecto. Para experimentar realmente las flexiones con pesas, debemos dominar la conciencia del presente, dice Arnold en una expresión de sorprendente profundidad. Lamenta, además, en la *Enciclopedia del fisicoculturismo moderno*, que muchos fisicoculturistas van al gimnasio, hacen sus 20 o 30 series de flexiones dorsales y pectorales, pero no ponen ningún esfuerzo real ni concentración en lo que hacen. O sea, tanto Heidegger como Schwarzenegger están diciendo que las respuestas al sentido no se pueden hallar en un desapego del mundo y de lo que uno hace en él, sino en una inmersión consciente en ese lugar y en esas actividades. Ambos están hablando de lo mismo; uno en términos abstractos, el otro dando ejemplos.

En cuanto al cuerpo, nuestra experiencia cotidiana de la vida es mediante sensaciones corporales; la nuestra es una vida encarnada. Heidegger y Schwarzenegger, del mismo modo que muchos pensadores del cercano y el lejano oriente, no son dualistas. Ellos no tratan al cuerpo y la mente como entidades separadas. Ni uno ni otro pueden dar su beneplácito a la doctrina platónica del alma. Heidegger, en *La voluntad de poder como arte*, escribe: “No ‘tenemos’ un cuerpo, sino que más bien ‘somos’ corporalmente.” Y Schwarzenegger, en la *Enciclopedia* antedicha: “la mente y el cuerpo están interconectados, son dos facetas de la misma cosa.”

Ambos pensadores concuerdan en que la concentración en el aquí y ahora se da mejor si tenemos intenciones hacia el futuro. De este modo, la concentración en el aquí y ahora es la vía a la

trascendencia, es la vía a ser más de lo que somos ahora, y éste es el tercer punto de conexión entre ambos, nos dice el Prof. Sandau.

Heidegger escribe en *Hölderlin y la esencia de la poesía*, “El ser humano es quien es, precisamente en el hacerse de su propio ser”.

Y en *Sein und Zeit*, “El Dasein se ha entendido y siempre se entenderá a sí mismo en términos de posibilidades.” Y también: “Más alto que la actualidad se encuentra la posibilidad.”

Comparemos esto con Schwarzenegger:

“El significado de la vida no es simplemente existir, sobrevivir, sino de ir hacia adelante, hacia arriba, lograr la plenitud, conquistar” (*The Education of a Bodybuilder*);

Y en la *Encyclopedia*: “Aspira al infinito en cada paso que des...”

Sería muy extenso continuar enumerando las coincidencias entre uno y otro, pero al final del camino, el Prof. Sandau nos sugiere que debemos preferir a Schwarzenegger, precisamente en un tópico en donde no coinciden. Para Heidegger, la muerte es la posibilidad de ya no ser más capaces de ser ahí. La perspectiva de la muerte otorga autenticidad. Los hombres que real y dolorosamente anticipan sus muertes y se hallan en contacto cercano con el tiempo limitado para ser ahí, se esfuerzan por experimentar el ser tan plenamente como pueden. Toda evasión del rostro de la muerte es deplorable. Leemos en *Sein und Zeit*:

“La muerte debe ser entendida como una posibilidad, debe ser cultivada como tal y debemos convivir con ella en tanto posibilidad.”

La muerte es para él el destino del devenir. Puesto que Heidegger deplora la evasión frente al rostro de la muerte, seguramente no estaría de acuerdo con la posición de Schwarzenegger en el sentido de que “la edad nos atraparà a todos, más tarde o más temprano. Pero más tarde es mejor” (*Arnold's Bodybuilding for Men*). Schwarzenegger acepta el deterioro a regañadientes, pero claramente no es un tanatófilo. Ahora bien, ¿cuál de los puntos de vista expresa mejor la evaluación de la vida cotidiana para experimentar el ser? ¿La de Schwarzenegger, quien desea alargar el tiempo en que puede ‘ser aquí’ plenamente? ¿O el de Heidegger, quien nos invita a adoptar la muerte como culminación del ser del ser ahí, incluso organizar la vida en la anticipación de la muerte?

La respuesta del Prof. Sandau remite a otra cita de la obra de *Terminator*: “Una vez que te das cuenta de que la vida es un evento atlético, concluirás que debes entrenarte para ella...”

Conclusión

Este escrito no tiene un sentido demasiado obvio, y seguramente frente a ella muchos de sus lectores experimentaron algunos de los instintos aludidos por Nietzsche en *La ciencia jovial*, 333: reír, llorar, detestar. Son los tres instintos básicos que subyacen en todo acto de comprensión, y la comprensión sólo se produce cuando ellos pactan una paz provisoria. Es más, para Nietzsche, el entender (*intelligere*) es el modo en que los instintos de querer burlarse, querer lamentarse y querer maldecir, se nos hacen presentes de una vez. Después de mucho tiempo, nos llegan las últimas escenas de reconciliación de esos instintos, y por eso creemos que el entender es algo conciliador, justo, bueno, algo esencialmente contrapuesto a los instintos. En realidad, el entender no es más que un cierto comportamiento de los instintos entre sí, dice Nietzsche. Éstos saben muy bien cómo hacerse sentir unos a otros y hacerse daño. Éste es posiblemente el origen de aquel poderoso y repentino agotamiento por el que son invadidos todos los pensadores. Por eso, el pensar consciente, y en particular el de los filósofos, es la especie más débil del pensar. Por eso, el filósofo es el más propenso al error acerca de la naturaleza del conocimiento, concluye Nietzsche.

No obstante, los pequeños ejemplos de “locuras filosóficas” a los que me he referido no parecen mostrar ningún respeto por esta apreciación nietzscheana, en la medida en que parecen compuestos expresamente para hacer reír, llorar, o bien ser odiados. Creo, con todo, que esos escritos ridículos, lamentables o detestables, que todas las ficciones filosóficas serias o no, y que no pertenecen exclusivamente a una determinada época, creo que ese ascenso de la insignificancia del cual habla Castoriadis, creo que la derrota del intelectual, a la cual alude Finkielkraut, creo que la licuefacción de la vida de la cual habla Zygmunt Bauman, todo eso, creo, puede sin embargo ser aprovechado, con una técnica de artes marciales, para retrotraer a la filosofía a su vocación fontal, la búsqueda de la verdad.

La filosofía no es posesión de la verdad, sino esencialmente búsqueda de la verdad, motivada por una pasión amorosa cuyo origen sólo puede identificar la metafísica de raíz aristotélica y de frutos tomasianos. Esto último por tres razones: a) sólo ella muestra una apertura franca a la

existencia de un poder absoluto e infinito del cual dependen todos los demás seres, b) sólo ella muestra una apertura franca a la trascendencia, esto es, a la completa heterogeneidad de un Ser respecto del universo, y c) sólo ella concibe a ese Ser trascendente como capaz de pensar, amar y vivir.

La filosofía es, con toda justicia, llamada la ciencia de la verdad. Si bien ella no tiene la lozanía de su juventud, ha conservado sin embargo todo su encanto y su capacidad de enamorar a los hombres, a pesar de sus más de 2.500 años de edad. La filosofía ha sabido sobrevivir a diversas enfermedades contraídas en su apasionada relación con amantes no siempre muy sanos, y la vemos resurgir siempre fortalecida. Hasta se diría que parece protegida por algún poder superior al cual siempre se ha mantenido fiel como una humilde mensajera. Nuestra Dama Filosofía, se parece a un árbol, porque el árbol hunde sus raíces en la tierra, pero busca la luz. El árbol es agua y luz venidos de lo alto y de regreso a lo alto, pero siempre sonriendo y agradeciendo.